

El día que papá me pidió un millón de pesos

La vida en rojo

MARCO AURELIO CARBALLO

Lunes 19 de junio de 1989

Mamá dijo por teléfono que papá le dejó un recado sobre la mesa. Algo así como dile a tu hijo, o sea yo, que me preste un millón de pesos. Es urgente.

¿De dónde iba yo a sacarlo? ¿Creerá él que lo tengo por ahí, o que me sobra de varios guardados, unos cuantos en el colchón y otros muchos en el banco?

De niño (yo), ante una petición de esa índole, de menos de un millón, claro, él contestaba: “¿Crees que tengo un árbol de dinero?” Nunca tomé la respuesta como agresión. Imaginaba ese árbol. Yo sí lo tuve siempre. Un sembradío de árboles de dinero en una hectárea, en dos, a los lados de una carretera que te llevaba más allá de alta mar, a un arco iris alcanzable con su olla repleta de monedas de oro.

Haber llamado préstamo a lo del millón era un decir de él, un eufemismo.

Corrí a comprar dos mil pesos en billetes de Lotería.

Lunes 26 de junio de 1989

Tras una semana de torturarme y de no sacar ni reinte-

gro pedí prestado el millón. Un amigo logró reunirme cien mil.

Sentí ganas de darle un pellizco para saldar deudas urgentes. Petunia lo impidió.

–Le vas a mandar diez por ciento de lo que necesita –dijo ella–. No la amueles...

Ignoro para qué quiere mi padre el dinero. Ni lo dijo ni me lo dirá. ¿Lo pidió prestado a la mafia y se le ha vencido el plazo? ¿Es para satisfacer la exigencia de alguna mujer?

Martes 27 de junio de 1989

Soñé que papá caminaba vendado de los ojos y que un tipo lo seguía con una pistola y en bicicleta. El individuo llevaba gabardina, gorra y gafas como de piloto aviador. Yo observaba el suceso quién sabe desde dónde pero no sentía miedo ni ganas de intervenir en su auxilio. Le ordenaron que caminara hacia cierto punto. El individuo pedaleó su bici en sentido contrario pero en círculo, de tal modo que terminarían topándose. Cuando yo estaba a punto de perderlos de vista detrás de un muro, vi que el homicida sostenía entre las manos un cañón (?). El fogonazo me deslumbró y el tronido me ensordeció.

¿Debo comprarle un seguro?

Martes 10 de julio de 1990

Papá llegará mañana a las tres p.m. Tiene flebitis en una pierna, hinchada desde la rodilla hasta el pie. Es una secuela de sus problemas circulatorios. Quizá los habría solucionado si hubiera tomado las medicinas.

Jueves 19 de julio de 1990

Ayer dieron de alta a papá, sin necesidad de operarlo. Deberá tomar desinflamantes. Lo examinará el especialista y se entrevistará con el urólogo. Podría tener inflamada la próstata.

Permanecerá diez días en casa de Elena. Ella está en desacuerdo con tenerlo ahí. A consulta médica lo llevaré yo.

La próxima semana presentaré en el DF Polvos ardientes de la Segunda Calle, mi primer mamotreto, y enseguida viajaré a Chiapas. Papá ni se ha enterado, o no le interesa o no ha captado las señales.

Cuando le dé un ejemplar a mamá su repentino contento cambiará en cosa de segundos.

—Muy bien, ¿y el título?

Ella lo exige cada vez que le llevo un libro mío, uno casi cada año a partir de 1980. Abandoné la carrera de economista en 1965.

¿Título de qué me exigía? ¡De lo que fuera!

Mamá dejará de pedírmelo sólo cuando le dé una copia del diploma del Premio Chiapas de Literatura Rosario Castellanos. Alguien le comentará que el Premio Chiapas es más importante que cualquier título. A lo mejor sus hermanas (Sodelva, Esther, Emma), yo mismo cuando le diga que para mí ese premio es el Nóbel.

Papá me hizo preguntas sobre el karate, que abandoné hace años; sobre mi aprendizaje inconcluso del inglés, y sobre mi hija Norma Angélica, quien nada quiere saber de mí por la maligna influencia de la malvada doña Bru. No hizo ninguna referencia a mi trabajo.

En cierto momento él me dijo que sería bueno escribir la historia del padre de la cantante Lupe Mejía La Yaqui (jij) .

Guardé silencio. Le pude haber dicho que primero escribiría mis historias antes que la historia de otra persona, fuera quien fuera. Primero la exótica historia dura de él antes que la de cualquier otro padre, incluida la de papá Kafka.

Cuando abandonó la sala de cirugía de hombres, se despidió de mano de cada uno de los enfermos y se detuvo en el centro de la sala, con su pijama arrugada y el cabello completo, blanco y esponjado, alzando una mano como torero con una oreja en lo alto.

Quizá recordó su época de boxeador y escenificaba la despedida, pegando de brincos arriba del cuadrilátero tras una victoria por nocaut o por decisión.

Desinhibido sí es.



Sebastián